**FLOR GRANATE EN EL DESIERTO PAGANO**

*El 17 de Enero de 1995, Juan Pablo II, durante su visita pastoral a Papua‑Nueva Guinea, beatificó en Port Moresby (Nueva Bretaña) a PEDRO TO ROT, catequista y mártir. Es fruto significativo de la evangelización que, desde 1882, realizan en aquellas latitudes los Misioneros del Sagrado Corazón Una tierra, que, a la llegada de los primeros mi­sioneros, se contaba entre las más primitivas del mundo entre cuyos habitantes se observaban prácticas de caniba­lismo, es hoy una floreciente cristiandad, con clero indígena y vida religiosa pujante. Fueron necesarios los esfuerzos denodados de muchos misioneros, en medio de sacrificios, penalidades, también persecuciones, coronadas en ocasio­nes con el martirio. El catequista Pedro To Rot, ahora beatificado, es un ejemplo.*

**INFANCIA**

Angel To Puia, jefe respetado y rico, vivía con su esposa, María Ja Tumul, una mujer honrada y silen­ciosa, en la aldea de Raku­nai, en el extremo nororiental de Nueva Bretaña. Hombre de gran influen­cia entre los suyos, la tribu Gunan­tuna, era considerado como padre y protector, cuyo consejo se bus­caba y cuyas opi­niones contaban en orden a la vida de la comuni­dad.

Tuvieron seis hijos. Los dos últi­mos murieron muy niños aún. Pe­dro era el tercero. Nació en 1912. Se hizo notar enseguida por su do­cilidad y obedien­cia, aunque es­taba adornado de un carácter enérgico.

Su padre vió en él a su futuro su­cesor al frente de su pueblo de Ra­kunai, lo que le indujo a no mi­marle nunca, aconsejarle, re­prenderle, incluso castigarle en los fallos, aunque fueran míni­mos.

Comienza a frecuentar la escuela de la misión hacia los siete años y no falta ni un sólo día, a no ser por causa de enfermedad: Detalle significativo, tanto del cuidado de sus padres, como del pundonor del niño, en un pueblo en que no ha­bía obligación de asistencia a la escuela, y, peor aún, en una tribu que no se distinguía preci­samente por su afición a las ideas y cos­tumbres cristianas. Los ni­ños se sentían independientes, libres; vi­vían con quien les apete­cía, ya fuera con su padre, ya con alguno de los tíos maternos, siempre bajo el dominio consue­tudinario de la madre, en una sociedad con muchos elementos de matriar­cado clásico.

To Rot era inteligente, captaba enseguida los temas y acostum­braba a estar muy atento. “Era el primero en responder a las cues­tiones del maestro”.

declara uno de sus antiguos con­discípulos. Otro subraya su afi­ción a aprenderse pasajes de la Biblia y

recitarlos sin equivocaciones. Dis­posiciones que le valieron ser ad­mitido a la primera Comunión en edad muy temprana.

‑ “Todos conocíamos su actitud religiosa”, declara el catequista To Labit, era humilde y muy de­voto del Santísimo. Algunos chi­cos iban a la iglesia sólo a mirar a to­dos lados.., él, en cambio, ve­nía porque Jesús estaba en el Sa­grario.

Era un jefe nato. Sus compañeros aceptaban de buen grado su di­rec­ción en juegos y trabajos. Le obe­decían y sobre todos ejercía una saludable in­fluencia: Les apartaba a menudo de los hurtos a que tan aficionados son los ni­ños, pi­diendo a los dueños per­miso para coger algunos frutos de los árboles y repartirlos entre to­dos. Es cierto que en más de una ocasión parti­cipó en juegos un tanto comprome­tidos y profirió palabras malsonantes; pero, en cuanto advertía que el asunto revestía visos de grave­dad, inmediatamente se aferraba a sus principios cristia­nos y se alejaba.

Fué el primero en ofrecerse cuando el Misionero buscó acóli­tos que asistieran con regularidad a las funciones del templo. Nunca dejó de levantar su mano en gesto afirmativo cuando en la escuela se preguntaba sobre quién había he­cho las oraciones de la mañana y de la noche. Y cuando se pedía una relación de las actividades del día anterior, la de To Rot co­men­zaba invariablemente señalando su ora­ción de la ma­ñana, para anotar a continuación el cumplimiento de las diferentes tareas que sus padres le habían asignado.

Después de las clases, se dirigía a casa. Su padre le hacía preguntas y Pedro explicaba cuanto había aprendido. La felicitación de su padre le estimulaba. Ayudaba luego en las faenas domésticas o en los encargos que le hacían. Ob­tuvo el permiso de su padre para hacer personalmente una planta­ción y él mismo cuidaba asi­duamente de ella. Se llevaban muy bien todos los hermanos y Pedro procuraba en todo mo­mento evitar las peleas. Su hermana asegu­raba que nunca se había peleado con él.

Con todos se mostraba educado y servicial y la gente le quería. Aunque hijo del gran jefe, no sa­bía de arrogancias, ni de altanería. Su predilección por los pobres era no­toria. A menudo trepaba a los co­coteros para cor­tarles el preciado fruto.

Siguiendo las costumbres de la tribu, visitaba a su tío To Livuana y se le ofrecía laborioso y obe­diente. Pero su padre no le permi­tía estancias prolongadas fuera de su casa, prefería tenerlo junto a sí

Nadie crea que Pedro To Rot ha­bía nacido santo. Sus travesuras mere­cieron en más de una oca­sión la reprensión y el castigo por parte de su padre. Un día el maes­tro se enfadó con él y hubo de propinarle un cachete. El compa­ñero de es­cuela que lo narra no recuerda el motivo. Otra vez, du­rante la clase de redacción, escribió en su piza­rra una fogosa carta de amor ado­lescente y se la enseñó después de la escuela a Teresa Ja Vinevel. Esta lo comu­nicó a sus propios padres. To Rot lo reconoció ense­guida y la borró para poder hacer las cuentas.

**AÑOS DE JUVENTUD**

Convertido en un joven vigoroso y de buen ver, abandona la es­cuela; pero no la instrucción. Todas las ocasiones y todas las lecturas a que puede tener acceso son buenas para incrementarla.

Sus excelentes disposiciones no pudieron menos de llamar la aten­ción del Misionero, que soñó con verlo un día subir al altar como sacerdote. Expuso su pen­samiento al padre de Pedro, que reaccionó muy juiciosamente:

‑ No, Padre, le dijo con una som­bra de pena en sus ojos, yo creo que nadie de nuestra generación sea idóneo para el sacerdocio. Dema­siado prematuro. Quizá a alguno de mis nietos o biznietos le quepa ese honor. No obstante, si juzga que Pedro puede hacer un buen papel como catequista, no tengo inconve­niente en en­viarle a la Es­cuela de Catequistas de Taliligap.

Dicho y hecho. En el otoño de 1930 emprendía el viaje hacia la Escuela de Catequistas. El P. Car­los Laufer, el misionero que había tenido la iniciativa, le des­pedía con su bendición al tiempo que le aconsejaba:

‑Sé bueno. Pórtate bien.

‑ Lo será, replicó rápido su padre, de lo contrario no será mi hijo.

**EN LA ESCUELA**

**DE CATEQUISTAS**

Al ingresar en la Escuela de Ca­tequistas de Tililigap su preocupa­ción primera fué la de adaptarse. Pregun­tó a los alum­nos veteranos y se acomodó, desde el principio, a los usos y costumbres imperantes.

Loable por su comportamiento en clase, miraba hacia adelante y, si­lencioso, se mostraba atento a las diferentes explicaciones. De vez en cuando partici­paba en las bro­mas de sus compañeros; pero vol­vía a su compostura habitual, en cuanto el profesor hacía la más mínima llamada al orden.

Tampoco rehuía el trabajo ma­nual, como medio de subvenir a las ne­cesidades de la escuela. Do­tado de salud excelente y de un cuerpo ro­busto, seguía las direc­trices impar­tidas y no abandonaba una tarea, ni siquiera cuando apretaba el ca­lor, pues ya se había dado cuenta del valor penitencial del trabajo.

Frecuentaba con gusto la oración. Rezaba con auténtico fervor. Pa­saba por la iglesia antes de ir al trabajo, también a la vuelta, y des­pués de las comidas, y varias veces a lo largo del día, cuando las cla­ses le dejaban algún tiempo libre. Sentía profundo amor a Jesús Sa­cramentado. Co­mulgaba diaria­mente, per­catándose de que Jesús era la vida y fuerza de sus obreros.

En la Escuela de Catequistas ha­bía tiempos dedi­cados al deporte y ex­pansión. A Pedro le gustaba. Par­ticipaba en el fútbol y en otros jue­gos. Rehuía, empero las discu­siones que se originaban. De temperamento alegre y bromista, cuando dos compañeros se pega­ban, les hablaba bromeando, a fin de hacerles reír y lograr que el en­fado se fuera disipando. Si al­guno le molestaban, ni siquiera pasaba por su mente la idea de resarcirse.

Un día cualquiera, jugaban en la calle un grupo de estudiantes. Uno de ellos se empeñó en moles­tarles, hasta tal punto que el resto, indig­nados, le ataron de pies y manos y lo dejaron aban­donado a su suerte. Pedro contemplaba la escena un tanto alejado; cuando se marcha­ron, se acercó, desató al desventu­rado camorrista, corrió al encuen­tro de los otros, solicitando disculpas, y no abandonó al com­pañero hasta haber logrado que le dejaran en paz, olvidando el inci­dente.

Si alguno de sus compañeros sentía hastío por la vida en la Es­cuela y quería marcharse, siempre escu­chaba de Pedro pa­labras de aliento, que le hacían desistir de su propósito.

**EL CATEQUISTA**

No fue prolongada su estancia en la Escuela. Su párroco le necesi­taba y le llamó antes de terminar el tercer año. Regresó a casa para convertirse en le catequista más joven de la zona de Rakunai. Era a principios de 1933.

Sus compañeros catequistas recal­can, en sus recuerdos, la modestia y sencillez de Pedro. Se dejaba guiar en su trabajo y aceptaba con gusto los consejos de los vetera­nos. Bien pronto, sin embargo, hubieron de reconocer su superio­ridad y acatar con gusto su indis­cutible liderazgo, aunque fuese el más joven de todos.

Su actitud no sufrió cambios. Con­tinuó modesto, amable, sencillo, de suerte que logró que entre ellos no hubiera nunca disensiones, ni envidias, ni resque­mores.

Con frecuencia iba, por las tardes, a visitar a su Párroco. Quería con­tinuar su formación. Le plantea­ba las cuestiones a las que él no en­contraba respuesta.

No le importaba sólo saber cosas: le importaba sobre todo, penetrar­las hasta el fondo, lo que no era, a la verdad, fenómeno frecuente en­tre los nativos.

En la escuela de la misión se dedi­caba con tesón a la transmisión de los conocimientos recibidos. No le gustaba impartir clases fuera del horario, pero jamás lo rehuyó cuando se le pedía.

Durante su tiempo libre, visitaba a mucha gente, en particular, a los enfermos. Si alguno revestía espe­cial gravedad, le visitaba con más frecuencia y se ingeniaba para lle­varle medicinas.

Se le apreció mucho entre la gente como catequistas. “No hubo un catequista tan bueno como Pedro”, asegura To Uratun, uno de los que se beneficiaron de su enseñanza. Claro en sus exposiciones, sabía responder a las preguntas, pues se había preparado concienzudamente. A la gente le resulta­ban agradables sus clases. Sencillo y amable, no se enfadaba ni se de­jaba dominar por arranques de ge­nio, sabía controlarse.

Se las componía, razonando ami­gable e incisivamente, para mediar entre los enemistados, hasta resta­blecer las buenas relaciones, con satisfacción por ambas partes.

Nunca, en sus actuaciones como catequista, per­siguió el halago de nadie. Enseñaba 1a fe y defendía abiertamente la moral católica. Si era necesario, también reprendía. Una noche, él, acompañado de algunos amigos, fue a Vunadidir, cogió los amule­tos mágicos, que la gente había escondido y no dudó en reprender­les enérgicamente, echándoles en cara su falso cristianismo.

Sus reprensiones - la gente se daba cuenta - no provenían de en­fado momentáneo o de un carácter atrabiliario. Eran hijas de su celo ardiente, de su amor de auténtico pastor. Todo el mundo se perca­taba de que sus palabras nacían de su profunda vivencia. El mismo lo vivía, antes de enseñarlo. Practi­caba lo que predicaba. El jefe Tata recuerda con elogio el buen ejem­plo que Pedro ofrecía a sus paisa­nos.

Se mostraba consecuente con su fe, al revés de los catequistas pro­testantes. No buscaba su encuen­tro, pero tampoco lo rehuía. En más de una ocasión les advirtió amablemente: “Ustedes se limitan a repetir lo que se les dice, pero no demuestran haberlo entendido”.

La gente recuerda con encomio la caridad de Pedro, su preocupación por los indiferentes y por los peca­dores. Trataba de ganarlos con pa­labras ama­bles y buenos consejos. Animaba a los que se aleja­ban de la iglesia y de la participación en los sacra­mentos, y procuraba su retorno.

Con su Párroco se mostraba igualmente leal y claro. Nunca le ocultó nada. le comunicaba cuanto sucedía y las dificultades encon­tradas. Delante de la gente, le de­fendía abierta y decididamente, cuando era necesario. Hasta es po­sible que por esto se enajenara al­gunas voluntades. Mientras duró la paz, nadie mostró su descon­tento.

Viviendo aún su anciano padre, Pedro representa­ba en cierto modo

la autoridad del gran jefe, que le apoyaba en privado y en público.

Cuando murió el 14 de Septiembre de 1937, Pedro, ya casado, añadió

a sus solicitudes habituales, el cui­dado amoroso de su querida ma­dre.

A nadie extrañaba oír a testigos oculares declarar que le habían visto rezar a solas tanto en la igle­sia, como en la granja.

Era un hecho cotidiano. Asistía a los diferentes oficios religiosos y comulgaba diaria­mente. Un hom­bre como él necesitaba la energía que sólo puede encontrarse en la oración personal, en la unión ín­tima con el Señor. Y más todavía cuando comenzó la guerra, con su secuela de miedos y dificultades.

Contra lo que se esperaba, tras la invasión de las islas, los japoneses arrestaron al P. Laufer. Pedro te­mió la profanación del Santísimo, que continuaba en la iglesia. Con todo respeto llevó a su caso el co­pón con las hostias consagradas, lo depositó en el lugar que le pareció más adecuado y encendió una lamparilla. Distribuía la Sagrada Comunión y se preparaba muy fervorosamente él mismo para comul­gar. Antes de tocar las sa­gradas formas, movido por la re­verencia hacia el Santísimo, en­volvía los dedos pulgar e índice en un paño blanco.

**EL ESPOSO**

La única fecha que, en la vida de Pedro To Rot, puede señalarse como cierta y segura, es la de su matrimonio canónico. Se casó con Paula Ja Varpit el 11 de Noviem­bre de 1936 en la iglesia de Raku­nai. Paula había nacido el 27 de Junio de 1920 en Ramalmal; pero, a los catorce años había venido a la granja de su madre en Rakunai. Asistía a la escuela de la misión y fué así cómo se convirtió en alumna de Pedro To Rot, su futuro marido.

Siguiendo costumbres ancestrales, la familia de Pedro ofreció a la familia de Paula determinada cantidad de regalos, como collares de conchas, uten­silios de mil espe­cies, etc. como "pago" por la hija para su entrega en matrimonio a Pedro.

Ambos, ya conscientes de lo que significaba el matrimonio cris­tiano, tomaron aquel acto como verdadera promesa de matrimonio hasta el momento de contraerlo según las normas cristianas. Todo ello no impidió que Pedro conti­nuase dando clases a su prometida, sin que la nueva situación supu­siera ningún privilegio para la alumna. Una vez, por soñar des­pierta, la distraída Paula se vio de rodillas y con los brazos en cruz durante un buen rato, como acon­tecía, por la misma razón, con otros alumnos.

El matrimonio fué muy feliz, aun­que, al principio tuvieran sus difi­cultades. Lo cuenta Paula: “En lo comienzos tuvimos algunas peleas. La razón era que yo era un poco dura de mollera". Pero en situa­ciones de diferencia de opinión, era normalmente Pedro quien ce­día primero. Hacía por su esposa cuanto estaba en su mano y acen­tuaba sus cuidados cuando le so­brevenía alguna ligera enferme­dad.

Rezaban juntos por la mañana y por la tarde. El la hacía partícipe de todas sus inquietudes, espe­cialmente durante la ocupación japonesa, cuando, debi­do a las caó­ticas circunstancias de la gue­rra, algunos rehusaban seguir las indicaciones del catequista e in­cluso su propio hermano Tatamay andaba des­orientado.

Nació su primer hijo el 5 de Di­ciembre de 1939. Lo llamaron To Puya, en memoria del abuelo, ya difunto, y en el bautismo le impu­sieron el nombre cristiano de An­drés. Anota To Burangan, compa­ñe­ro de escuela de Pedro, que éste rezaba muy a menudo por su es­posa y por sus hijos, especialmente por su primogénito. Le sacaba de paseo, le cuidaba, jugaba con él, de suerte que Andrés pasaba más tiempo con su padre que con su madre.

Dos años más tarde, en 1942, cuando ya la ocupa­ción japonesa había comenzado, nació una niña, Rufina Ja Mama. No cabe duda de que la vida de Pedro To Rot como esposo y como padre fué ejem­plar. Tenemos un testimonio espléndido en la decla­ración de su tío, el jefe Tarúe: "To Rot, afirma, era un hombre íntegramente bueno, que nunca decep­cionó. Eran sus pala­bras tan buenas como sus he­chos. Pensaba sólo en la religión. Su matrimonio fué para él sagrado y luchó contra la secularización del vínculo, defendida por otros”.

Cuando prematuramente le fué arrancado a los suyos y martiri­zado, su esposa creyó enloquecer. Tenía, a la sazón, 25 años. A pesar de su juventud, no quería oír ha­blar de nuevo matrimonio: "Nunca encontraré un hombre como Pe­dro". Mas, a la vuelta de algunos años, presionada por los parientes y para atender al bien de sus hijos, tan pequeños, aceptó casarse de nuevo.

Llegados los japoneses a Vuna­pope, internaron a todos los mi­sioneros, quedando en suspenso la escolarización. El P. Laufer obtuvo permiso de la policía japonesa para regresar a Rakunai. Mas, a las pocas semanas, después de Pascua del 42, desembarca en Vu­napope la infantería de marina ja­ponesa y le ordena, tanto a él como al P. Wendi y a las Herma­nas MSC, dirigirse a Vunapope. La gente quedaba sola.

Es el momento en que la fe y la decisión del valiente catequista Pedro To Rot se manifiesta más pujante, al igual que el amor del pastor por su pueblo y la compa­sión por los más afectados por la guerra. Se consideraba responsable de la comunidad, llamado a cuidar de todo el pueblo de Rakunai, atender a los enfermos, los mori­bundos y los prisioneros.

Trató de llevarse muy bien con los soldados japoneses destacados en Rakunai. Les visitaba al atardecer, como antes hacía con su párroco. Hablaba con ellos de religión y se interesaba por su idioma.

Cuando notó que la situación se tornaba por momentos más peli­grosa, recomendó a la gente que, como medida de seguridad, fuera retirando los objetos de la iglesia y de la casa del párroco y lo llevaran a sus granjas respectivas hasta tiempos mejores.

Celebraba ceremonias religiosas y continuó impartien­do clases a los niños. Bautizó a los recién nacidos y unió en matrimonio a las parejas católicas. Pidió a los católicos que se le unieran en peregrinación a Bitagalip. Era una caminata de seis a siete horas; pero allí, el P. Jünemann gozaba de cierta liber­tad y podía administrarles los sa­cra­mentos. Fueron muchos los que le acompañaron.

La iglesia y la casa parroquial quedaron destruidas durante el primer año de guerra. To Rot pro­curó que la gente levantara una nueva iglesia en la selva. cerca de Palnalama, y allí continuaron los servicios religiosos y la catequesis. Antes de finales de 1943 japoneses prohi­bieron vivir en las granjas y todos se dispersaron por la selva, si bien los domingos venían a la iglesia, para orar y celebrar fun­ciones religiosas, hasta que, in­cluso esto. fue prohibido. Sólo pudo celebrar una Navidad en la nueva iglesia.

Pedro, en esta época, se ocupó es­pecialmente de los enfermos y de los moribundos. Les visitaba, les exhortaba al arrepentimiento, les preparaba a bien morir: si sobreve­nía la muerte, cumplía con ellos la última obra de miseri­cordia, dán­doles sepultura cristiana. Cuando le fue oficial­mente prohibido, con­tinuó haciéndolo en secreto, in­cluso durante la noche, sin temer las desagradables consecuen­cias a que se exponía. “Ante todo, la obra de Dios”, era su máxima.

Con frecuencia tomaba el largo camino hasta Vunapope para bus­car las Sagradas Formas y poder administrar el Viático a los mori­bundos. Aprovechaba estas oca­siones para invitar a las gentes a la adoración del Santísimo.

En el tiempo en que las estaciones misioneras se vieron sin sacerdote, Pedro visitaba aquellos puestos de misión, en que había otros cate­quistas, para animarlos y exhortar­los; instruía al pueblo y celebraba matrimonios. A medida que los desplazamientos se hicieron más difíciles, les escribía breves notas de consejo y orientación. Así lo atestigua el catequista To Jura, de Vunadidir, uno de los beneficiados con las preciosas exhortaciones de Pedro To Rot.

Cuidaba con amor a los prisione­ros. Preocupación primordial cons­tituía la situación de su Pá­rroco, internado en un campo de concentración . Pedro se las inge­niaba para reunir huevos y otros alimentos, esperaba a la noche y, hurtando la vigilancia, se los lle­vaba.

Cuando, a causa de lo enrarecida que se había tornado la situación, fueron los misioneros trasladados de Vunapope y se les construyó un campamento en medio de la selva, Pedro organizó una recogida de alimentos, ropa, utensi­lios diver­sos e, incluso, un camión japonés para el trans­porte: pero. llegados al campamento, todo fue requisado por la policía japonesa.

En Navidad del 44 Se enteró Pe­dro de que cuatro Hermanas MSC, recién capturadas por los japone­ses, pasaban por Punarama, con­ducidas por los soldados desde Baining, donde trabajaban, para ser internadas en Ramale. Se tras­ladó inmediatamente a aquella po­blación, lleván­doles alimentos y solicitando de la población que les ayudara. Eran las Hermanas Doro­tea, Gertrudis, Elena y Luisa. Con­fiesa la Ha. Gertrudis que, durante los diez y siete días que estuvieron retenidas en el campo de concen­tración de Vunaira (Punarama), no les faltaron alimentos, ni jabón, ni quinina. Cuando se fueron, les pi­dió To Rot que presenta­ran sus respetos al P. Laufer y le comuni­caran los bautizos, bodas y funera­les que había celebrado en su au­sencia.

A Vunalaka, filial de Rakunai, eran conducidos, de vez en cuando, algunos prisioneros pro­cedentes de Célebes. Llegó un día a oídos de To Rot el hambre que pasaban . Sin pensarlo dos veces, cogió una gallina, la cocinó, corrió a donde estaban los prisioneros y se la pasó en secreto. Fue grande la tristeza de estos hombres cuando más adelante se enteraron del asesinato del catequista.

**DEFENSA DE LA SANTIDAD DEL MATRIMONIO**

Las dificultades en torno a la uni­dad e indisolubilidad del matri­monio, en el distrito confiado a Pedro To Rot. aparecieron, o por lo menos se agravaron, en el transcurso de una reunión mante­nida en Vunakalkalulu. Allí tenía su residencia el todopoderoso jefe To Poe. Bajo su jurisdicción estaba parte del distrito misionero de Ra­kunai y también Nangnagunan y Vunakala, cuyos jefes inmedia­tos eran To Lapar y To Vue, respecti­vamente.

Es el mismo To Poe quien ofrece al respecto el relato siguiente:

Un día, la policía japonesa esta­cionada en Kalkalulu. Convoca a todos los jefes. Eran miembros del Mincebu, la Administración Civil Japonesa. Kueka San, oficial japo­nés, propuso a los jefes que toma­ran una segunda mujer. Algunos se mostraron encantados. To Vue apoyó la propuesta, To Lapar la rechazó. Ambos pertenecían al distrito de Rakunai. Era evidente que esta reunión habría de aportar dificultades muy serias a aquellos católicos recién convertidos, que, además, carecían del apoyo de un sacerdote. Aquí comenzó la lucha de Pedro To Rot en defensa de la unidad e indisolubilidad del ma­trimonio.

El primero en intentar el matri­monio polígamo fue el joven poli­cía indígena To Metapa, de la agrupación de policía japonesa de Vunaiara en Navunaram. Era me­todis­ta, nativo de Nodup. Con la pretensión de convertirla en su se­gunda esposa, trató de ganarse el afecto y los favores de Ja Mentil, mujer casada válidamente por la Iglesia Católica con To Vinau, y enemistarla con éste. El tío de Ja Mentil, también metodista, se opuso al plan y Pedro To Rot con­siguió hacer fracasar definitiva­mente el intento. Sin embargo el joven policía To Metapa jamás lo olvidó.

Siguieron otros casos: To Kabang, juez auxiliar del jefe To Lapar, tomó a Ja Lop como segunda es­posa. To Lapar apoyaba al cate­quista Pedro To Rot sin reservas. Invitó a Tarue, el jefe de Navuna­ram, a solucionar el caso. Ambos trataron de convencer a To Ka­bang para que desistiera de su ominoso propósito. Desgraciada­mente no lo consiguieron.

El segundo caso fue el de To Anot, juez auxiliar en Rakunai, que forzó a seguirle a Ja Palaka, mujer casada con Tarere.

Incluso el propio jefe de To Rot, Tata, sucesor del viejo To Puya, padeció una fuerte tentación, de­seando a Ja Varvay: pero alguien se le adelantó y le dejó sin novia.

Fueron tiempos difíciles para Pe­dro To Rot; pero jamás se dio por vencido. El, único responsable re­ligioso en el distrito, a causa de la reclusión del Misionero, se sentía impelido por su conciencia a decir serenamente: “'No puedes hacer eso”.

Y lo decía. En este aspecto, con nadie se comprometía. Y arros­traba el disgusto de los japoneses, que se servían de los polígamos, nombrándoles jefes o adjuntos. Cuenta el Jefe Tarue, cuya resi­dencia se alzaba al lado del puesto de policía, que los japoneses acon­sejaron al joven policía To Metapa presentar su caso ante la policía judicial japonesa. Todo el mundo estaba enterado del asunto Metapa.

To Rot, consecuente con su carác­ter apacible y en vista de las parti­culares circunstancias que atrave­saban, nunca actuó ni brusca, ni apasionadamente con reprensiones destempladas o castigos. Siguió siempre, en situaciones tan espi­nosas, fiel a sus principios de amabilidad y persuasión.

Cuando To Metapa deseaba a Ja Mentil como segunda esposa, el tío de ésta se puso furioso ante tal pretensión y retuvo a su sobrina, alegando derechos de protección, que le correspondían, según las leyes del matriarcado, vigen­tes a la sazón. El desilusionado novio recurrió a las autoridades japone­sas, hizo comparecer a tío y ma­rido para castigarlos por su nega­tiva a entregarle a su pretendida; arrestó al marido y le tuvo atado a un árbol durante dos días.

En cuanto To Rot se enteró, hizo que Ja Mentil, que era católica, se trasladase a Rakunai, y, en presen­cia del jefe Tata, la convenció para que fuera fiel a los manda­mientos de Dios y no abandonase a .su ma­rido. Tanto el jefe como el cate­quista, les ofrecieron a ella y a su hermana Ja Ursula, refugio en Ra­kunai, para salvarlas del policía enfurecido.

Es comprensible que el enojo de To Metapa creciera de punto al ver frustrados sus planes por To Rot y que, en adelante, aguardase una ocasión propicia para ven­garse.

La fuerza protectora contra los desmanes morales, - ­era para todos evidente ‑ provenía sólo de To Rot, pues To Metapa nada tramó contra Tata, quien, después, ‑ lo hemos apuntado ‑ estuvo a punto de su­cumbir a la tenta­ción de bigamia. Es difícil saber si le hubiera hecho desistir la intervención de To Rot. En todo caso. To Rot no se quedó callado, ni siquiera ante su propio Jefe.

Especialmente dolorosa resultó para To Rot la defec­ción de su propio hermano, que, en secreto, fue a visitar a Ja Tia, proponién­dole ser su segunda esposa. To Rot no se deja influenciar por los lazos familiares y se enfrenta con su hermano mayor de modo franco y decidido. No le permite convertir a Ja Tía en su segunda esposa, ni llevarla a vivir a la granja familiar Taogo, donde residía él mismo y sus dos hermanos. No importaba que Tatamai fuera el hermano ma­yor. Ante el empecinamiento de Tatamai en su propósito, To Rot le expulsa de casa, a él y a su preten­dida segunda esposa.

Al principio se quedaron a vivir cerca de Vunavuvur: después mar­charon más lejos, a Rajotop. Un sepia de los japoneses hizo saber al jefe Tata que Tatamai se había quejado al joven policía To Me­tapa, que, a su vez, informó a la policía japonesa. Esto explica la declaración de To Rot cuando, arrestado, le reprochó la policía haber negado a su propio hermano la posesión de Ja Tia.

La esposa legítima de Tatamai, Ja Tili, se quedó en Taogo, cuidando la casa de su marido. Tatamai, aún lejos de su hermano, no podía me­nos de sentir sus reproches y no aguantó mucho tiempo en aquel estado. A poco, despi­dió a Ja Tía (que, por otra parte, estaba segu­ramente harta de él) y regresó a Taogo, junto a su legítima esposa.

Sin embargo, la gente no olvidó el escándalo, y, en especial quienes vivían más lejos, le acusaron de traición a To Rot. Todos le culpa­ron del arresto de su hermano, aunque él fuera detenido al mismo tiempo. Es significativo que en los procedimientos de la policía se re­procha a To Rot haber impedido a su hermano tener una segunda es­posa.

Naturalmente, la culpa no la echaba la gente sólo a Tatamai, sino también a todos los que ha­bían caído en la bigamia y, espe­cialmente, al policía To Metapa. Mucha gente, quizá todos, opinan que la causa del martirio de To Rot fue su decidida defensa de la unidad e indisolubili­dad del ma­trimonio. Si se hubiera mostrado más permi­sivo con los elementos destemplados, no hubiera sido acusado por sus actividades de ca­tequista y no hubiera sido asesi­nado.

A este propósito, el catequista To Labit ofrece su propia experiencia: Tanto él como su compañero To Vema se negaron a obedecer la prohibición de celebrar funciones religiosas. Cuando, poco después, fueron de­tenidos y conducidos ante los jueces japoneses, se les advirtió que “si no cesaban en la celebración de funcio­nes religio­sas, serían primero encarcelados y luego ejecutados'`. Tras esta adver­tencia, les dejaron en libertad.

Pedro To Rot fué citado en nume­rosas ocasiones por la policía ja­ponesa. No fue el único, como lo demuestra el testimonio que aca­bamos de citar; pero sí el único catequista de Racunai, que celebró las funciones religio­sas en secreto hasta el último momento. Otros incluso llegaron a suprimir la ora­ción en grupos.

Además, la persecución religiosa no era igualmente severa en todas partes. Por ejemplo, mientras en Volavolo, cerca de la costa, fueron arrestados todos los catequistas y acólitos metodistas, en Rember y en Tavuiliu, cerca de Rakunai y en Rakunai mismo, nada de eso suce­dió. Parece bastante claro que el arresto de Pedro To Rot fué debido solamente a la traición de sus pai­sanos.

**LUCHA POR LA LIBERTAD Y LA RELIGIÓN**

Todas las citaciones de la policía a To Rot tenían como tema invariable la religión. Le ci­taron por vez primera al comienzo de la ocupación japo­nesa. Hubieron de trasladarse a Rabaul, cumplimentando la cita­ción judicial, To Rot, como cate­quista, y el jefe Tata, como res­ponsable del pueblo de Rakunai. Se le preguntó a aquel si era el ca­tequista y si celebraba funciones religiosas. Se le escuchó una doble respuesta afirmativa.

To Keta jefe de la policía nativa, estaba presente durante el interro­gatorio. Había sido seminarista y habla­ba perfectamente el inglés, circunstancia que aprovechó para ofrecerse a los japoneses, en cuanto desembarcaron, como jefe de la ciudad de Rabaul. Animado de excelentes intenciones, quería ayudar en lo posible a sus paisanos y a la población entera. Hizo mu­cho bien a lo largo de su gestión, defendió la religión, y, en aquella audiencia, se puso decididamente al lado de To Rot.

La audiencia terminó con resul­tado positivo: No se suprimirían las funciones religiosas; pero, a causa de los bombardeos, procura­rían no reunirse para la oración mas que en grupos de pocas per­sonas y las funciones religiosas habrían dé celebrarse a primera hora de la mañana. To Rot asintió y ambos, el jefe Tata y él, retorna­ron a Rakunai.

Reinaba, a la sazón, una calma relativa y todo continuó como de costumbre. To Rot seguía cele­brando ceremonias religiosas los domingos en la iglesia de la selva, en Palmalama, si bien en horas muy tempranas. De todos modos, la asistencia no era numerosa, ya que Rakunai contaba sólo con unos doscientos católicos.

Pasado algún tiempo ‑ a los japo­neses les habían infligido serios quebrantos en la guerra y las in­cursiones aéreas eran cada vez más frecuentes ‑ fueron nueva­mente citados por la policía el jefe y el catequista. Esta vez hubieron de ir a Ramata, un desfiladero de Ratavul, donde la policía había establecido sus dependencias en trincheras.

Se le preguntó al jefe si To Rot era catequista y a este si continuaba celebrando ceremonias religiosas, impartiéndoles a continuación la prohibición absoluta de cual­quier servicio religioso. ''Las celebracio­nes religiosas, les dijeron, son las causantes de la prolongación de la guerra.” Esto da una idea del miedo de los japoneses a que las oraciones dispusieran contra el Japón al Dios de los cristianos.

To Rot intentó explicarles que las prácticas religiosas

nada tenían que ver con el decurso de la guerra; que, por el contrario, la religión les proporcionaba fuer­zas para

soportar las penalidades de la misma y les inculcaba la

obediencia hacia los japoneses. El oficial instructor le

impuso bruscamente silencio, sin revocar la orden: Cualquier fun­ción religiosa quedaba en adelante prohibida.

To Rot volvió a casa. Sabía que no podía ignorar la prohibición.

Empezó a trabajar con prudencia para no comprometer a otros y para evitar ser nuevamente arres­tado. Confesó a sus cristianos: - “Quieren quitarnos

la oración, pero yo haré mi tra­bajo”.

Cavó un refugio en su granja de Taogo. Allí se reunían para la ora­ción. Dejó de celebrar en la iglesia de Palmalama. Distribuyó en tres grupos de oración a los católicos para evitar aglomeraciones llama­tivas, y se reunía con cada grupo para que le sintieran todos más cercanos

Aconsejaba a la gente prudencia: "Rezad todos los días, pero muy de mañana, y en trincheras". Según el testimonio de su compañero de colegio To Burangan, lo decía te­niendo en cuenta las incursiones aéreas, la exis­tencia de espías ja­poneses entre sus paisanos y la de aquellos otros para quienes su conducta representaba un incordio personal, los que habían rechazado públicamen­te la Ley de Dios.

El oficial japonés de la comisaría de Navumaram, convocó una reu­nión de los jefes y les conminó la prohibición de celebrar funciones religiosas. También To Rot y Ta­tamau estaban presentes. Tatamai refiere que "todos estuvieron de acuerdo” a causa de los ataques aéreos; pero To Rot se mantuvo callado". Después dijo a la gente: `'No os abandonaré, seguid acu­diendo cada día, por la mañana lo más temprano posible".

Por tercera vez se citó a To Rot, junto con otras personas. En el camino les sorprendió un ataque aéreo, en el que estuvieron ¿I punto de morir, por lo que retorna­ron a sus casas Sin acudir a la ci­tación en el día indicado.

Según los testimonios de los cate­quistas To Jura y Uvae y el her­mano de To Rot, Tatamai, los ja­poneses señalaron que To Rot debía presentarse, aunque no lo hiciera el jefe. Le consideraban como una especie de guía de cate­quistas. El recibiría las consignas para pasárselas a los demás. Llegó, en efecto, To Rot, con un I grupo, a la policía. Los japoneses hablaron con él, pues, en ese tiempo ya comprendía algo de su idioma. Se valieron también de To Keta, el antiguo seminarista. El tema de la convocatoria era reite­rativo, la prohibición de cualquier práctica de tipo religioso.

En otra ocasión hubo de ir solo a Ramata. Permaneció allí muchos días. Vuelto a casa, contó a su hermano Tatamai que le habían obligado a cavar refugios.

Siguió como siempre. Su valor y fuerza de voluntad eran indestruc­tibles. Se percataba más y más de los peli­gros que corría; no vaciló, pero sí adoptó medidas de pruden­cia: Recomendaba a las familias rezar por separado, en sus casas. Iba de un lado a otro visitando en­fermos y, cuando alguno moría, acudía de noche a rezar las ora­ciones de difuntos; al día siguiente se les enterraba sin ceremonia al­guna.

To Joio, hermano de su amigo de infancia, To Buranga, volvió gra­vemente enfermo de Toma, donde había sido forzado a trabajar para los japoneses . To Rot le asistió en su agonía, rezó en su casa, acon­sejó que no se hiciese ninguna manifestación pública de duelo que se le sepul­tara pacíficamente y se rezara por él en privado en las casas.

To Jura, catequista de Vunaidir, no tuvo en este tiempo muchas ocasiones de encuentro con To Rot. Testifica que To Rot le en­viaba con frecuencia instrucciones escritas,recomendándole que cui­dara asiduamente a los enfermos y les inspirara sentimientos de amor y de arrepentimiento de los peca­dos.

Le aconsejaba prudencia y que procurara que la gente no acu­diera en masa a reuniones de ora­ción, sino que los dividiera en grupos como él hacía en Racunai.

***Continuará ……***

**TRAICIONADO**

**Y ENCARCELADO**

*La sabiduría y prudencia de Pe­dro no pudieron impedir su caída. Sucedió en la primavera de 1945. Estaba próximo el armisticio. Al­gún tiempo más y hubiera ganado su batalla; pero, a última hora, fué víctima de la venganza de sus enemigos.*

En cuanto se impartió a los cate­quistas la prohibición de celebra­ciones religiosas, el policía To Me­tapa, fracasado por culpa de Pedro en el propósito inmoral de tomar como segunda esposa a Ja Mentil, percibió que había llegado la hora de la venganza. No había cesado de espiar a Pedro, especial mente los domingos por la ma­ñana. Rondaba sigilosamente en torno a la granja de Palnalama y de la iglesia de la selva, donde ya no se celebraba ningún servicio religioso.

Un domingo por la mañana, Pe­dro había celebrado la boda de dos jóvenes parejas en la trinchera que usaban para la oración. Estaban presentes su hermano Tatamai con algún otro testigo. Al final se pre­sentó el catequista de Vunadidir con una nueva pareja. Pedro, aun­que disgustado por el retraso, les casó también: ¿Presentía que esto habría de acarrearle su desgracia?

To Metapa, que, siguiendo su in­sidiosa costumbre, espiaba astuta­mente, se halló con la pareja de Vunadidir e inquirió hacia dónde se dirigían. Ellos, incautos, res­pondieron con la verdad: ‑"A bus­car a Pedro para que nos case". Corrió a ponerlo en conocimiento de la policía de Vunadidir. Ningún otro detalle se sabe al respecto. Pedro fué arrestado al día si­guiente y ya no recobró la libertad.

Tatamai, el hermano de Pedro, fué conducido ante la policía de Vunayara:

‑¿Ofició Pedro ayer alguna cere­monia religiosa?, le preguntó Mashida, el jefe de la policía.

‑En efecto, fué la respuesta.

‑¿Estabas tu presente?

‑Si.

‑¿No sabías que estaban prohibi­das las funciones religiosas?

‑Lo sabía.

El policía descargó sobre su ca­beza un golpe d bastón y lo re­cluyó en la cárcel durante un mes.

Mashida y To Metapa se dirigie­ron a Taogo residencia de Pedro y sus hermanos. Registraron lugar, la trinchera que había abierto como protección y para poder practicar la oración; las casas de los tres hermanos, Tatamai, Pedro y Telo. Abrieron cajones y male­tas. Confiscaron los libros de Pe­dro: Biblia, catecismo, cantoral, registros de bautismos y bodas e, incluso, dos crucifijos .Se llevaron también un impermeable de casa de Tatamai y una libreta de u n Banco australiano encontrada en la casa de Telo.

Llamaron a Pedro, que estaba tra­bajando para los japoneses muy cerca de allí, y hubo de seguirles, cargándole con algunos de los ob­jetos mencionados. A Telo, en­fermo a la sazón, le permitieron, por el momento, quedarse en su casa.

**INTERROGATORIOS**

Serían las dos de la tarde cuando llegaron a Vunaira. Sometieron de inmediato a Pedro a un interroga­torio. Tatamai estaba cerca y pudo ver y oír casi todo al principio:

‑¿Celebraste ayer servicios reli­giosos?

Pedro asintió y recibió un golpe en la cabeza y muchos más en el pecho y se le condenó a dos meses de prisión.

Tatamai no sabe si le interrogaron sobre la cuestión de los matrimo­nios bígamos, ya que le enviaron a trabajar sin que pudiera continuar viendo el interrogatorio.

Lo sucedido lo sabemos por Ta­rue, jefe de Navunaram y tío de Pedro. Se lo contó el mismo Pedro en la prisión:

‑Me acusaron, primero, de haber celebrado servicios religiosos. Me reprocharon, después, mi actitud frente a los bígamos. Mi hermano Tatamai declaró que le había prohibido vivir con Ja Tia. Este segundo cargo acentuó el primero.

Tarue no ha tenido empacho en sostener que Pedro habría sido puesto en libertad de haberle acu­sado sólo de celebrar ceremonias religiosas; pero, en aquel estado de cosas, el jefe policía quería con­graciarse con sus colaboradores..

Hay otro testimonio, el de su es­posa, que también recibió confi­dencias de Pedro, en la prisión, acerca de su interrogatorio. Le aseguró Pedro que un espía japo­nés le había manifestado que Mashida, el jefe policía, había convocado a Tatamai y a Tata para interrogarles sobre asuntos matri­moniales. Le certificó que también él había sido interrogado sobre los matrimonios, además de sobre los servicios religiosos. Significó que se había sentido muy solo, que nadie le ayudaba, que, acabado el interrogatorio, había sido confi­nado en una celda muy pequeña, dentro de la trinchera excavada en la tierra.

Pasados algunos días, detuvieron a Telo, el hermano menor de Pedro, a causa de la libreta del Banco encontrada en su casa. Nadie asistió al interrogatorio, pero sí a la tortura: Le colgaron de un árbol de papaya y le golpearon hasta que perdió el conocimiento. Mashida, equivocadamente, creía que Telo era un espía australiano.

Sospechaban que también Tatamai tenía dinero australiano. To Metapa fué a ver a su esposa y le mintió asegurándole que su marido había confesado tener di­nero escondido. Ella, engañada, le mostró el escondrijo y le entregó el dinero: ¡Dos libras de plata! No hubo consecuencias apreciables.

**MOTIVOS DEL ARRESTO**

Al anochecer permitieron a Pedro salir de la trinchera. Una vez fuera, susurró a Tatamai: ‑Malo es morir acribillado por una ametra­lladora o despedazado por una bomba; pero es bueno morir por la fe. Se Recibe la recompensa en el cielo.

La residencia del jefe Tarue esta­ba en las inmediaciones de la pri­sión, pero él no estaba en casa cuando su sobrino fué detenido. A su vuelta le interrogó Mashida:

‑¿Tienen, los nativos, dinero in­glés?

-Sí, aún nos quedan monedas bri­tánicas.

Vuelto a su casa, comentó con su mujer qué significaría tal pregun­ta. Ella le puso al corriente de la detención de Pedro y sus hermanos y de las monedas que habían ha­llado en el registro.

Corrió a la prisión y abordó a Pedro sobre el tema:

‑Fui acusado, señaló, de celebrar funciones religiosas, no de poseer dinero. Ese asunto no nos con­cierne, ni a mí, ni a mis hermanos. El motivo de mi detención, insis­tió, es haber celebrado ceremonias religiosas, haber trabajado para Dios y haber reunido a la gente para rezar. No tengo miedo, no renegaré de Dios. Conozco a la policía y no me hago la ilusión de ser liberado antes de morir.

Pedro era plenamente consciente de la gravedad de su situación.

Tarue fué a ver a Mashida para hablar en favor de Pedro. Mashida le mintió cínicamente:

‑Dentro de poco será liberado.

Añadamos al respecto algunos otros testimonios: Un católico de Malagunan, To Romano, que ya estaba prisionero a la llegada de Pedro y que nada sabía del juicio que le habían hecho, le preguntó el porqué de su detención:

‑Por haber celebrado matrimonios y haber reunido a la gente para re­zar, escuchó como respuesta.

Dos metodistas, To Vamari y To Binabak, detenidos después de Pedro, oyeron a unos espías a quienes preguntaron por el motivo de la detención de Pedro:

‑Está detenido a causa de su fe.

Al mes de su encarcelamiento fué puesto en libertad Tatamai. Aprovechó la ocasión Tata, el jefe de Pedro, para preguntar a Mashida por la prolongación del cautiverio de Pedro:

‑Es una mala persona, contestó el aludido. Impide que los hombres tengan dos mujeres, si así lo de­sean; llama a la gente para rezar por ser él mismo aficionado a la oración. ¿No sabías, recalcó, que Pedro es una mala persona?

En vano trató de defenderlo Tata, alegando su bondad cien veces comprobada. No quisieron escu­charle.

Todos se asustaron en Vunalaka al enterarse de la detención de Pedro; pero nadie pudo sospechar lo que le esperaba, máxime te­niendo en cuenta que contaba con numerosos amigos japoneses. En un principio sospecharon de su hermano Tatamai, pero enseguida se percataron de que el policía To Metapa no había cesado de es­piarle y de rondar, sobre todo los domingos, en torno a Palnalama, donde solía hacer Pedro las cele­braciones religiosas.

Piensa To Uvae, otro de los cate­quistas, que de no ser por los pro­blemas de la bigamia, a la que Pedro se opuso frontalmente en defensa de la santidad y unicidad del matrimonio cristiano, aún es­taría vivo.

**DISPUESTO A MORIR**

Pedro siguió en la prisión. No era una cárcel al estilo de las que se acostumbran. Era una cabaña rús­tica construida sobre postes, si­tuada en un valle angosto. Disponía de una pequeña balco­nada y tenía capacidad para seis u ocho reclusos. En otra cabaña, la cocina. Un corto túnel, abierto en el talud de la ladera, servía de re­fugio. Allí se celebraban los inte­rrogatorios. Allí encerraron a Pedro el primer día y también fué allí donde, finalmente, fué asesi­nado.

En la loma izquierda se levantaba la granja Vunayara, hogar del jefe Tarue. Los prisioneros, como es costumbre entre los nativos, pasa­ban la mayor parte del tiempo al aire libre. La cabaña era su dormi­torio y su refugio en el mal tiem­po. Tatamai y Pedro tuvieron como primer trabajo la construc­ción de una pocilga para los cer­dos de los japoneses. Telo no era capaz de trabajar. Después, Pedro pasó a la cocina, mientras Tatamai trabajaba en el campo.

La prisión estaba rodeada de pla­tanares y sin barreras. Si n em­bargo, los nativos temían acer­carse, pues, tanto entre los japone­ses, como entre sus propios paisa­nos, se camuflaban los espías, a quienes se conocía como "los chi­cos policías". I os prisioneros se encontraban con sus visitantes en las plantaciones vecinas o en la granja de Tarue.

Pedro recibió muchas visitas de parientes y amigos. Las más asi­duas fueron su anciana madre y su esposa. Durante todo el tiempo de la prisión fueron cada día, llevándole alimentos.

Su hermana Varpilat cuenta que, en una de las primeras visitas acompañada de su otra hermana y su madre, hallaron a los tres her­manos, ateridos, calentándose junto al fuego. Lloraron al verlos; pero Pedro les consoló diciendo:

‑"No lloréis rezad, yo estoy con­tento de estar prisionero por una buena causa; mis hermanos lo es­tán por culpa del dinero".

Creía, en su buena fe, que la acu­sación sobre el dinero no era grave y serían, por tanto, puestos en li­bertad muy pronto. Dirigiéndose a su madre, añadió:

‑"Quizá los japoneses vayan a buscaros a vosotras tres y así esta­remos todos juntos en la prisión".

Después de la sesión de tortura, Telo quedó incapacitado para cualquier trabajo duro, por lo que Mashida decidió ponerlo en liber­tad al cabo de dos semanas, tal vez por el rescate pagado por sus pa­rientes.

También Pedro intentó conseguir su libertad mediante un rescate. Pidió a su hermano Telo que fuera al catequista de Vunadidir, To Jura, para que le diera un pollo, huevos y fruta, que pensaba ofre­cer a Mashida, en la esperanza de que le ayudase a conseguir la liber­tad. To Jura no se encontraba en casa; su mujer, Ja Malana, dio a Telo cuanto solicitaba. No sirvió de nada. Pedro no fué liberado.

Al cabo de un mes soltaron a Tatamai. Pedro continuó en la prisión. Sus comentarios reflejan que estaba cada vez más conven­cido de que habría de morir. A pe­sar de ello, no vacilaba, ni se en­tristecía.

Tata, su jefe, que, después de la liberación de Tatamai había abo­gado en vano ante Mashida en fa­vor de Pedro, fué a visitarlo. To Rot le dijo:

‑Estoy preso por el asunto de la bigamia y por los servicios religio­sos. Moriré; pero tu habrás de cui­dar de mi gente".

El jefe sugirió que trataría, una vez más, de conseguir su libera­ción por medio de un rescate. Le rechazó la idea:

‑Olvídalo. Ya me han sentenciado a muerte.

Luisa Ja Katai, de Rakunai, a quien Pedro había dicho, el día de su detención, "voy a prisión por mi fe", le visitó en la cárcel varias ve­ces. Le dijo abiertamente: ‑"Moriré por mi fe". Y le pidió que el la y los demás le ayudaran a re­zar. En otra ocasión le apuntó:

‑Si preguntan por el refugio, diles que celebré allí servicios religiosos y que recé con la gente. No vayáis a desmentirme después de mi muerte. Voy a morir por mi fe. Si es la voluntad de Dios, seré asesi­nado por mi fe. Soy un hijo de la Iglesia y, por tanto, moriré por la Iglesia".

Sus compañeros de prisión conta­ban historias similares. Le dijo a Varmari: ‑Estarás libre antes que yo. No sé lo que pasará conmigo.

Y a To Romano: ‑Está bien. Pueden matarme por mi fe.

Durante esta etapa última ‑Tatamai estaba ya fuera de la prisión‑ los japoneses organizaron un baile para los nativos. Se cele­bró en la granja de Palnalama, donde estaba la iglesia de la selva. Le permitieron a Pedro asistir al baile, vigilado por los guardias. Se encontró con To Vue, su compa­ñero catequista, le llevó hasta una de las trincheras y le advirtió: ‑Vosotros tres tenéis que hacer vuestro trabajo de catequistas con firmeza.

To Varto, que fué más tarde suce­sor de Pedro, también le vio allí. Comprobó que no había cambiado nada y que gozaba de buena salud. En medio de la confusión y el ruido, pudo preguntarle:

‑¿Estás libre?

‑No, no lo estoy, susurró Pedro, mientras miraba insistentemente el grupo de bailarines.

To Burangan, su compañero de infancia, vio a Pedro, pero no tuvo ocasión de hablarle. Tras la fiesta, Pedro hubo de volver a la prisión. Se había costipado ligeramente. Aprovechó la ocasión su tío Tarue para solicitar que Pedro pudiera dormir en su granja. Se lo conce­dieron: Durante el día, trabajaba como cocinero de la prisión y las noches las pasaba en la granja de su tío.

En este tiempo visitaron a Pedro su anciana madre y Luisa Ja Katai. Estuvieron sentados juntos durante un rato hasta que Pedro les insis­tió:

‑Id a casa y decid a la gente que, en adelante, no se reúnan para re­zar; recen con los suyos, en sus casas.

Era evidente que quería evitarles compartir su suerte. Y añadió:

‑Id a casa y decid a mis hermanos Tatamai, Telo y Ja Varpilak que recen por mí.

Su madre se quedó preocupada y le miró tristemente. Pedro bajó la cabeza y les urgió para que se fue­ran pronto a casa.

Un día, como de costumbre, le trajo comida su mujer; él le pidió que le llevase ‑escondidos‑ sus en­seres de afeitar, una túnica blanca, su rosario y su cruz de catequista. Se lo llevó todo al día siguiente, muy de mañana, junto con una gallina y algunos yames. Pedro comió muy poco. Subía de grado la preocupación de su mujer. Le parecía todo demasiado secreto y misterioso. Trató de persuadirle de que dejara su trabajo de catequista y que, en adelante, llevara una vida tranquila y retirada. Pedro contestó con firmeza:

‑Esto no es asunto tuyo. Es mi de­ber morir por mi pueblo en el nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Acompañó estas palabras con la señal de la cruz. La esposa no percibió en él signo alguno de te­mor, ni de preocupación. Permanecieron sentados juntos largo rato hasta que Pedro le pidió que retornara a casa con sus hijos.

Ese mismo día ‑era viernes‑ le llevó su madre a la granja de Tarue algunos cocos, frutos del pan y verduras. Pedro le anunció:

‑La policía me ha dicho que ven­drá un doctor japonés a darme una medicina. No sé qué significa. Puede ser una mentira, ya que yo no estoy enfermo.

También se lo comunicó a su compañero de prisión To Binabak.

Al llegar a casa la madre confió a su hija Ta Varpilak:

‑Pedro me ha dicho que esta no­che volverán a llevarlo a la cueva.

Se refería a la trinchera japonesa en que había sido interrogado y retenido al principio.

(Continuará)

***P. José Theler M.S.C.***